

EL ANTIFASCISMO EN UN VASO DE AGUA DE VICHY

Respuesta al panfleto «*La guerra civil en España*» y a la actividad dominante de «*Le mouvement communiste*» en el período actual»

«Para todo un conjunto de elementos inadaptados —es decir, que la sociedad produce en número creciente como inadaptados, porque ella misma está inadaptada a las necesidades reales— el militantisismo es la única forma que puede adoptar su energía social, utilizable únicamente en un marco que a la vez se dan a sí mismos y que les es impuesto: los grupos izquierdistas. A cambio, la organización les permite valorizarse (mentalmente, no de forma real) haciéndoles creer que están “en la revolución, en el movimiento más poderoso que hay”. Al contrario, la actividad revolucionaria contiene en sí misma su propio fin y su contenido: no necesita, por tanto, ninguna mediación exterior para “hacer” actuar al individuo».

—J. Barrot, *Le Mouvement Communiste*, Ed. Champ Libre.

Habéis considerado oportuno enviarnos este panfleto, en cuya redacción parece que habéis participado, o la totalidad de cuyo contenido reivindicáis difundándolo *como mínimo*.

¿Qué os ha podido hacer creer, aunque sólo fuera por un instante, que aceptaríamos participar en la fundación del comité que preconizáis? ¿La ausencia de una crítica explícita y pública por nuestra parte del contenido de *Le Mouvement Communiste* nº 4? Sea como fuere, con el presente texto vamos a poner los puntos sobre las íes. Desde hace algún tiempo venís manifestando unas veleidades de activismo intervencionista muy marcadas, tanto en las relaciones directas que hemos mantenido con vosotros como en la teorización que habéis hecho al respecto: véanse el nº 3 de vuestra revista, centrado en la «naturaleza y función actuales del partido» y, sobre todo, el nº 4, auténtico tratado de saber estar revolucionario.

Estimábamos, por tanto, que, o bien os mantendríais, en términos generales, en el nivel de esas veleidades ideológicas durante un tiempo de «búsqueda» infatigable entre los «revolucionarios», o bien, en el caso de que pasarais a la práctica, os veríais forzados a efectuar una regresión teórica muy importante, conforme al análisis que cabe hacer de la fase actual.

De hecho, el medio al que os dirigíais infatigablemente («nuestro medio», como dicen las buenas gentes) no respondía gran cosa a vuestras exhortaciones a ser «coherente» con uno mismo organizándose bajo la modalidad de un partido que no podía más que oscilar entre el informal y el formal. Al contrario, reaccionó de inmediato y a veces con violencia a LMC 4: crítica teórica detallada de Roland S., carta abierta a los autores de **Philippe D.** y **Serge V.** Señalemos, de paso, que, a nuestro entender, la única valoración que hicisteis de esas críticas fue la de atribuir las a un período de «crisis» entre los «revolucionarios» (*cfr.* LMC 5, *De la politique*), explicación mágica que tiene la ventaja de eliminar las preguntas.

En cuanto a las prioridades de intervención que elegisteis —política (la izquierda) y ejército—, muy pocos vieron ahí otra cosa que vuestras propias «obsesiones», erigidas por vosotros mismos en «estrategia revolucionaria». Esta indiferencia general y ese puñado de reacciones particulares frente a lo que iba a

constituir en adelante *lo esencial* de vuestra actividad debía llevaros necesariamente a «decisiones»: o bien seguir girando en el vacío sobre vosotros mismos (y, como vosotros mismos decís, el «delirio» acecha entonces a ese tipo de actividad); o bien revisar lo que habíais elaborado pacientemente en teoría y sacar las conclusiones lógicas; o, finalmente, encontrar de qué forma esbozar algún tipo de práctica (es evidente que estas alternativas se os presentaban en la realidad y no bajo una forma inmediatamente «consciente» o «maquiavélica»; lo mismo vale para lo que sigue y para el conjunto del análisis que hacemos de vuestra actividad).

La naturaleza fantasmal de vuestras opciones en el seno del capitalismo desarrollado en el que todos evolucionamos cotidianamente debió hacerse más o menos evidente para vosotros también en la práctica. Por consiguiente, aprovechando una ocasión cuyos términos no conocemos lo bastante como para evocarla aquí, trasladasteis vuestras veleidades organizativas hacia (y a partir de) una zona donde os *parecía* que el menor desarrollo del Capital había dejado la esfera política en un nivel de fuerza real apto *a la postre* para sufrir vuestra «ofensiva»: España.

Bastó con sustituir a la izquierda por la derecha y listos. Pero hay más: ¿cómo movilizar energías en un período en el que el movimiento comunista no puede atacar las relaciones de producción capitalistas, el Estado, etc.? La única forma de hacerlo, en tal caso, es dirigirse a los sentimientos «humanos» de los individuos a los que se pretende congrega. Todo ello no podía desembocar más que en un llamamiento de naturaleza extremadamente *democrática*.

De hecho, la regresión teórica de la que hablábamos antes es más importante de lo que habría sido «imaginable»:

- *Antifascismo «clásico»* (¡que llega hasta la denuncia del golpe de Estado chileno!)
- «*Antifascismo moderno*» (más adelante diremos lo que entendemos por esto).
- *Fraseología indignada* inherente al izquierdismo: «no se puede aceptar que un Estado de asesinos los juzgue como a gánsteres».
- *Lo patético*: «Franco se había propuesto destruir el comunismo hasta en el vientre de las mujeres. No lo ha logrado...» (¡Uf!).

De paso proseguís vuestra obra de «rehabilitación» póstuma y acrobática de Lenin y del bolchevismo, forjando oposiciones en el seno de la *coherencia total* de la ideología/práctica bolchevique: teoría que tenía que ser importada en el seno del proletariado, partido de revolucionarios, atracos a bancos destinados a engrosar las arcas de un partido formal semejante, etc. La incapacidad de la burguesía rusa para llevar radicalmente a cabo su revolución con la perspectiva del desarrollo capitalista de Rusia, constituye el acta de nacimiento del bolchevismo, inseparable de la mayor importancia del papel del proletariado en esa revolución (como *medio esencial* de su realización) que en los demás países europeos del siglo XIX.

Allí donde, en Occidente, la simple posesión del capital financiero bastó como palanca de la revolución burguesa, el bolchevismo, en cambio, tuvo que *echar mano* simultáneamente de ese capital y de la teoría del proletariado convertida

en marxismo socialdemócrata (algún día habrá que acabar *de verdad*, en teoría, con Lenin y el leninismo, mostrando la coherencia global de *todos* los escritos de Lenin, incluidos aquellos que redactó en momentos de asaltos proletarios). El transcrescimiento* de la revolución burguesa —si la revolución hubiera vencido en Alemania— en revolución proletaria *podría* haberse desarrollado efectivamente en Rusia sobre la base de su potencial de febrero de 1917, pero lo habría hecho *a pesar de y contra* el partido bolchevique.

Volviendo a vuestro panfleto, dado que leninismo y democracia no son más que dos aspectos de las *mismas tareas*, es normal que los leninistas de todo pelaje siempre se hayan desenvuelto con soltura en la esfera democrática. Dado que esta doble pertenencia quedó sintetizada en el famoso «centralismo democrático» vigente en los grupúsculos izquierdistas, vosotros mismos podéis dirigirlos «naturalmente» a los leninistas actuales de forma plenamente democrática. Lo único que les reprocháis, en suma, es renegar de algún modo de Lenin y del bolchevismo sobre la cuestión particular del «atraco revolucionario».

Vuestra forma de considerar tanto a los bolcheviques y a Lenin como a lo que hoy denominamos organizaciones «izquierdistas» siempre ha sido profundamente ambigua. A veces criticáis realmente a esas organizaciones, y otras veces parecéis considerarlas como organizaciones revolucionarias «extraviadas» (= que no poseen el verdadero *programa*). De hecho, ahora ha quedado claro que lo único que de verdad les reprocháis es que sean incapaces de organizar realmente a los inadaptados a esta sociedad. Pretendéis *actualizar* el partido formal basando su existencia ya no en la Política sino en la *Necesidad* (humana). LMC 4 es completamente explícito al respecto.

Se «entiende» entonces por qué consideráis a la política como una fuerza a la que hay que atacar prioritariamente: es el fundamento organizativo *concurrente* del vuestro.

La contradicción en la que os debatís es que esa crítica de la política no puede ser más que *política*.

En efecto, las necesidades actuales que el Capital no puede satisfacer son tantas, y tan diversos los «personajes» o las instituciones por medio de los cuales las reprime, que *no es posible* centrar en ellas una práctica orgánica: admitamos incluso que la política se haya vuelto realmente insoportable para vosotros; para otros, serán los pequeños comerciantes, a los que ya no soportan porque el movimiento del Capital, al poner a esos tenderos contra las cuerdas, refuerza la omnipresencia de la avaricia en sus actividades y en sus sonrisas y, en consecuencia, vuelve insoportable la menor relación con ellos frente a la necesidad de comunidad humana que se hace sentir cada vez más; para otros, será... etc.

En materia de las necesidades que el Capital no puede satisfacer y frente a las que erige esferas de la sociedad que jalonan nuestra vida cotidiana, no hay ninguna posibilidad de práctica universal que no se reduzca a la simple *ejemplaridad*.

* *Transcroissance*. Término utilizado por Trotsky para describir el «desbordamiento» entre revolución burguesa y revolución proletaria. [N. del t.]

Si os limitarais a decir que cada revuelta contra esas «esferas» particulares tiene un valor universal (*cf.* LMC 5) aunque *no sean más que revueltas*, ¡estaríamos de acuerdo! Constaríamos la divergencia de nuestras necesidades inmediatas, que no nos permiten compartir nuestras revueltas, y nada más. Pero como, en el fondo, lo que os importa son «la naturaleza y función actuales del partido» (LMC 3), enumeráis prioridades de intervención que, como por azar, corresponden a *vuestras necesidades personales* (la política también es una necesidad, aunque sea una producción *del Capital* —que produce otras muchas—, y no precisamente la menos arcaica). Los demás deben, por tanto, organizarse en torno a vosotros, y (re)convertirse así en militantes: toda práctica política implica el seguidismo (*cf.* n.º 3 de LMC, donde sentís *necesidad* de hablar de una *disciplina* que habría que instaurar en un plazo más o menos breve, lo cual indica claramente que ese término no abarca la adhesión espontánea, en el seno de un movimiento práctico, a aquel o aquellos que efectivamente puedan ser, en un momento dado y no fijado de antemano, más inmediatamente clarividentes respecto a una «tarea» inmediata). Estos neo-militantes tendrán la impresión tanto mayor de no serlo por cuanto podrán tranquilizarse leyendo regularmente en vuestras («sus») publicaciones la crítica del militantismo. Lo más *insoportable* de LMC 4 es el carácter *insidioso* de ese texto, que reintroduce bajo otro envoltorio, unas líneas o tesis más allá, todas las «ideas» recién criticadas. Hay ahí un método *político* (un simple *análisis de texto* de los n.º 4, 5 y 6 de LMC pondría claramente en evidencia el mecanismo que los anima y que se ha convertido en el contenido *principal* de vuestros escritos).

El «transformar la realidad» de LMC, planteado en términos de exhortación, adquiere una resonancia extrañamente afín al «cambiar la vida» de todos los partidos políticos (y de la izquierda en particular). Cuanto menos transforman hoy en día los proletarios sus condiciones reales de existencia (y la única actividad posible es la valorización del Capital, cuando no la supresión pura y simple de toda actividad), más requiere su movilización/organización desde el exterior que se les *hable* continuamente de transformarlas mediante *su* propia acción. En efecto, el Capital tiene *necesidad* de reformarse, y la ideología de la *satisfacción pasiva* (consumo de mercancías) o de la *insatisfacción* igualmente pasiva, a disposición de las capas sociales en descomposición (ideología religiosa extraída de las zonas de inmovilismo relativo de las relaciones sociales: India, etc.) da paso necesariamente a la ideología de la acción y de la movilización: Jesucristo-hombre, activo, tiende a sustituir a Buda, Krishna, etc. La ideología de la construcción de un mundo «armonioso» tiende a reemplazar a la ideología de «lo que es».

Los partidos destacan que no harán «nada sin vosotros», lo cual es otra manera de decir que no pueden hacer nada sin que os movilizéis en su favor. LMC, por su parte, insiste en que no se hace nada si uno mismo carece de práctica («nosotros no decimos: se debe, sino más bien: debemos»; LMC 4, p. 53, tesis 64).

No se trata de meter a LMC en el mismo saco que los partidos políticos en cuestión (el contenido es distinto), sino de comprender de qué movimiento es portador y cómo éste moldea sus respectivos discursos. En otros tiempos, a los individuos que no querían plegarse a la disciplina de la organización formal se los tachaba de «anarquistas», de «individualistas pequeñoburgueses», etc. (eso sigue siendo parcialmente cierto en los arcaicos grupúsculos izquierdistas). Hoy

en día se les acusa más bien de no tener los pies en la tierra, de delirar o de estar en crisis, acusación conforme a la organización dominante que nos lega el movimiento del Capital y que, entre otras cosas, ha difundido la psiquiatría y sus hospitales.

Sin embargo, *todavía* «seguimos» estando obligados a acusar a esos «individuos» ante el tribunal de los «revolucionarios» del «mismo medio» que lee las «mismas revistas», como decís vosotros. Así pues, LMC, lejos de superarlo, se ha transformado en *tribuna* de acusación, insidiosamente anónima, de ese medio (el anonimato *también* es el modo de existencia actual del Capital, y no sólo del movimiento revolucionario).

Ya va siendo hora, por último, de saber qué es lo que quienes participan en LMC *han transformado más que los demás*, dado que los exhortan a sucesivamente a transformar la realidad y les acusan de no hacerlo.

¿Qué significa: «hoy en día la organización es la organización de tareas»? ¿De qué tareas se trata? ¿A quién se pretende hacer creer que en el pasado las organizaciones formales sólo se organizaban para organizarse? Se trataba también de «organizaciones de tareas» que, formadas en ausencia de la transformación *práctica* de las relaciones sociales, encontraban en su seno lo esencial o la totalidad de sus actividades y de sus tareas. ¿Cómo podría la organización contemplada por LMC evitar todo eso, por muy formalmente informal —o a la inversa— que fuera? Reducir la formalidad o la realidad de una organización al hecho de tener un carnet o no, etc., roza el infantilismo interesado.

Tenéis que evolucionar por fuerza en la esfera política, porque esa es la mediación que permite unificar y reunir aquello que en la práctica actual no puede sino ser divergente: las necesidades inmediatas. El proceso de la revolución comunista, por el contrario, destruye la política, porque esas necesidades han sido unificadas por el ataque radical del Capital contra las condiciones materiales de existencia, debido a la imposibilidad momentánea del proletariado de reproducirse en condiciones viables como *categoría activa del Capital*. La necesidad de comunismo encuentra ahí la *posibilidad* de ser satisfecha, y todas nuestras necesidades pisoteadas encuentran a sus obstaculizadores frente a sí, agrupados en una misma contrarrevolución compacta. No cabe entender de otro modo que el valor en proceso, apogeo de la separación del hombre de su comunidad, imponga mediante su caducidad el movimiento de reconstitución de esa comunidad sobre una base universalizada por el valor mismo.

En la actualidad, partir de las necesidades para fundar una actividad que pretende ser revolucionaria es, en el mejor de los casos, no poder ya soportar «el *monopolio* de la expresión y de la acción del Estado, de la izquierda, de los izquierdistas en nuestra escuela, empresa, barrio, etc....» (LMC 4 p. 51, el subrayado es nuestro), pues supone necesariamente injertar en esas necesidades reales y su insatisfacción necesidades producidas por la dominación del Capital y que no existen más que *debido a él* (como complemento de esta apreciación leer « Bilan critique du voyou »).

Lo que decís sobre la Liga Comunista y *Ordre Nouveau* en LMC 5 podría muy bien aplicarse a vosotros: ¡si la política no existiera, vosotros la habríais inventado!

Al entrar en competencia con los izquierdistas («revolucionarios sin programa»), intentáis desempeñar frente a ellos el papel del partido comunista formal, tal como lo describe el *Manifiesto Comunista* en relación con «los demás partidos obreros». Pero, por desgracia para vosotros, la dominación real del Capital hace *imposible* este modo de ser de los comunistas. Toda organización formal o «informal» que pretenda ser «realmente» comunista (= defender el programa y/o buscarle un modo de empleo) queda reducida en la práctica inmediata a *no poder presentarlo siquiera*; en ausencia de un movimiento práctico que ataque al valor y para tener un impacto real, esa organización se ve forzada a permanecer en el nivel de las categorías capitalistas (escuela, empresa, barrio, etc.), y a hacer, en resumidas cuentas, izquierdismo. Es por eso que volvéis a hablar con cada vez más frecuencia de «movimiento obrero», «clase obrera», «trabajadores», etc., buen ejemplo de lo cual lo constituye la circular que enviasteis la pasada primavera a una reunión de grupos «revolucionarios» ingleses, que decía poco más o menos lo siguiente: «Los revolucionarios consecuentes son hoy en día o bien ellos mismos trabajadores, o bien están en contacto con trabajadores» (!).

En la práctica os autonomizáis cada vez más de la contradicción inscrita en el modo de producción capitalista (después de haber anunciado precisamente este movimiento de autonomización, la teoría corre la misma suerte). Señalemos, de paso, que la misma negación de la contradicción, operada desde *el otro extremo* (la «superación del valor», la «surfusión del Capital»), conduce a *Invariance* a su propia autonomización a partir de la misma mistificación de la necesidad humana. ¡Lo que lleva a LMC a intervenir «sistemáticamente» lleva a *Invariance* a creer en el Hombre como único ser capaz de efectuar un sobresalto que pueda salvar a la Humanidad!

Volviendo al campo de aplicación español de vuestra «ofensiva» contra la política, os equivocáis burdamente al creer que los países organizados de forma «dictatorial» son más coercitivos que las democracias occidentales, como decís. Sin duda habéis olvidado —o, cosa más probable, nunca habéis reconocido realmente— que la forma *política dictatorial* que organiza la coherencia de la sociedad española la asumen en los países desarrollados la *fría realidad de las propias relaciones sociales*: no se trata más que de otra forma de *la misma imposición*.

Los capitalismos en los que reina lo que, por comodidad, llamaremos el «fascismo político», no son en absoluto arcaicos respecto de aquellos en los que el Capital reina totalitariamente; es más, los primeros están ligados a los segundos, mediante intercambio *desigual*, por la forma de organización en vigor en ellos. El «fascismo» sigue siendo la relación *adecuada* de España con el mercado mundial, y fundamenta la inclusión de este país en la dominación real mundial del Capital, en tanto «polo inferior» necesario a esa dominación, tal como se presenta en el ciclo capitalista iniciado después de la última guerra¹. Si

¹ Para la mayoría de los países africanos, tras la descolonización, la forma despótica particular de su ingreso en la comunidad capitalista global consistió en injertar Estados capitalistas sobre relaciones sociales generalmente precapitalistas —o precapitalistas en disolución—, lo que sólo aceleró esa disolución sin que se desarrollara significativamente el modo de producción capitalista, y con una integración inmediata de los sindicatos en esos Estados.

En América Latina, como en Grecia, la coherencia de la sociedad suele ser **asumida** por dictaduras militares que se autoproclaman de izquierda o de derecha según el alcance de las

nos mantenemos en el marco europeo, por ejemplo, el modo de organización de la sociedad española, portuguesa o griega está *fijado* en la *forma* adoptada en la década de 1930 por los capitalismos *desarrollados* y en crisis profunda, durante el movimiento de acceso a la dominación real del Capital que siguió a la derrota internacional del proletariado. El fascismo, *entonces*, basado en la fuerza político-militar *y la adhesión de las «masas»*, tuvo que suplir la caducidad parcial y temporal del valor para hacerse cargo de esa transición y, por tanto, desembarazarse de la *política* bajo todas sus formas, en tanto que fuerza progresiva real.

La ausencia de una destrucción masiva de fuerzas productivas, como fue el caso en Italia, por ejemplo, y que permitió a este país un rejuvenecimiento y una re-acumulación sobre bases ampliadas camino a la dominación real, forzó a España a entrar de lleno en el mercado mundial conservando ese modo de organización «fascista». Sin embargo, sólo subsistía la forma; el contenido había cambiado: ya no se trataba de la expresión política de un movimiento nacional social progresivo —movimiento del Capital—, sino de una dictadura que ya no tenía ningún carácter de «masa», y que expresaba *fundamentalmente* la descomposición de las relaciones sociales precapitalistas a través del movimiento *internacional* del valor, se desarrollara o no notablemente allí el modo de producción capitalista (este último caso es el de la mayoría de países que tienen forma despótica).

En España, como en otras partes, la política en tanto que fuerza progresiva real estaba definitivamente muerta; mientras que, en Italia, Alemania, Francia, etc., los parlamentos se convertían en *fantasmas*, en España se prefabricaba un parlamento *fantoche*, desprovisto del menor barniz espectacular. La política había pasado de muleta a cachiporra. En la actualidad, por consiguiente, el antifascismo es esencialmente obra de fuerzas sociales ligadas a esas relaciones precapitalistas; de ahí las luchas separatistas o el resurgimiento de los autonomismos españoles en estos últimos años. Evidentemente, dado el origen y el carácter internacional del movimiento de disolución, esta lucha está impregnada de nacionalismo antiimperialista, pero sólo como consecuencia del antifascismo. Las cosas son distintas en los países de América Latina y de África, donde el movimiento de disolución se percibe forzosamente *ante todo* a través del fenómeno «imperialista». En esos países, a diferencia de España, los movimientos propiamente nacionales pueden reagrupar a proletarios no integrables en el modo de producción capitalista, dado el importante predominio del movimiento de disolución de las relaciones de producción precapitalistas sobre el de la extensión de las relaciones de producción capitalistas.

nacionalizaciones que decreten. Sin embargo, la nacionalización de los sectores industriales secundarios sólo es un epifenómeno político —y la propia política no es más que un epifenómeno— de la nacionalización de los sectores clave, que son las industrias de extracción de materias primas. Este último tipo de nacionalización es una *necesidad* para el capital extranjero importador, ya que estos sectores son, en sí mismos, sectores de baja rentabilidad.

El nuevo Estado chileno ejemplifica lo que decimos. La función del golpe militar no consistió tanto en salvar a la economía chilena del caos, sino más bien en evitar que la incoherencia cada vez mayor de la sociedad bajo el gobierno del Frente Popular impidiera que Chile desempeñara su único papel en la sociedad mundial; en este caso, y, sobre todo, se trataba de evitar la perturbación de los suministros de cobre. La nacionalización de las minas se mantuvo necesariamente, junto con el establecimiento de una administración acorde con la función de este sector: el ejército.

En efecto, si en España no tuvo lugar una destrucción de las fuerzas productivas suficiente para permitir una re-acumulación sobre bases inmediatamente ampliadas, la mera existencia de un proletariado concentrado en ciertos sectores y *sometido* por su aplastamiento de 1936-1937 comportó, tras la guerra, una importante inversión de capitales extranjeros (en aquel momento, sobre todo estadounidenses). Esta inyección tuvo como efecto que España experimentara en la década 1960-1970 una de las tasas de expansión (7,6%) más elevadas del mundo (*cfr. Problèmes économiques* de abril de 1972).

Esa expansión, que tiende a someter realmente a España al Capital, hizo aparecer fuerzas contrarias al franquismo que corresponden a los capitalismo desarrollados (jóvenes dirigentes de empresa reformadores, tecnócratas, planificación económica, etc.).

Objetivamente, el franquismo tiende a ya no ser necesario en la medida en que, gracias al auge económico, el valor se convierte en el organizador efectivo de la *coherencia* social —de manera que, de resultas, la función de España en el tablero mundial queda asegurada «naturalmente». El final de la década de 1960 y comienzos de la de 1970 estuvo marcado por su puesta en entredicho. Sólo el estancamiento que desde 1971 azota abiertamente al capitalismo mundial, sin perdonar a España, permite al franquismo mantenerse, pues cualquier relajamiento del modo de organización vigente es peligroso para el Capital en esta época.

La ambigüedad de la situación española es fruto de la *coincidencia* entre el final de un modo de sometimiento al Capital y el final de un ciclo mundial de valorización. Se trata, sin duda, de lo que en el panfleto llamáis «un post-franquismo indefinido». Sin embargo, desde el punto de vista proletario, no puede haber ambigüedad alguna a ese respecto: tanto en España como en Francia, el proceso revolucionario será desencadenado por la tentativa de liquidar el valor que emprenderá el proletariado. Claro está que, dado el modo de organización actual del capitalismo español, tendrá que enfrentarse más inmediatamente al Estado, pero **a la inversa**, las acciones de los proletarios y los miembros de las «capas medias» no se inscriben en el proceso revolucionario porque se enfrenten hoy —padeciéndolo— al Estado «fascista». Se trata, por el contrario, de comprender la naturaleza y el contenido de esos «atracos» que la simple naturaleza del Estado español no explica por sí sola.

En los capitalismo más desarrollados, la contradicción entre el desarrollo y la socialización de las fuerzas productivas, por un lado, y el valor, por otro, genera desde hace varios años una cierta descomposición de las relaciones sociales capitalistas, que se expresa, entre otras cosas, en una «delincuencia» muy acentuada. Ésta no sólo es cuantitativamente sino también «cualitativamente» importante, debido a los atracos a mano armada a los que se arriesgan numerosos proletarios. En las sociedades plenamente capitalistas el atraco es cada vez menos obra del «hampa» —esa esfera social en vías de disolución que formaba parte (marginamente) de la clase dominante mediante la constitución de verdaderos «holdings» de negocios paralelos y de reservas sociales—; cada vez más, es obra de jóvenes proletarios expulsados del proceso de producción o que ya no quieren ingresar en él, que viven al día de pequeños botines y que están destinados a ser enchironados en un plazo más o menos breve.

En España, como en numerosos países no plenamente capitalistas, la irrupción de esta delincuencia «extrema» ha sido fruto de la descomposición de las relaciones sociales precapitalistas. A diferencia de los capitalismos desarrollados, adoptó a menudo una forma inmediatamente *política*, pues las fuerzas que la ejercían expresaban una cierta recomposición de las relaciones sociales con la perspectiva de una gestión distinta del Capital (a menudo en un contexto económico catastrófico; puede citarse como ejemplo Uruguay y sus Tupamaros, procedentes de las clases medias: profesiones liberales, estudiantes, etc.).

Sin embargo, la profundización *mundial* de las contradicciones capitalistas, al plasmarse en dificultades concretas de valorización, dota de un sentido «nuevo» a la descomposición de las relaciones sociales capitalistas; algunos grupos pueden hacer coincidir su actividad delictiva con la reappropriación —todavía forzosamente parcial— de la teoría comunista. Esto es cierto en los países en los que el Capital domina realmente, por supuesto, pero también en España, suficientemente capitalizada para que la crisis del valor sea inmediatamente perceptible. Por el contrario, si nos fijamos en Uruguay, allí la consecuencia de esas dificultades mundiales sólo es *indirecta*; la lenta actualización de la perspectiva comunista no puede manifestarse allí de entrada sino negativamente, mediante la desaparición tendencial de organizaciones como los Tupamaros.

La evolución teórica que se produce en España en el seno de algunos de estos grupos no puede, sin embargo, romper con la práctica anterior (por ejemplo: explicación de las acciones a los empleados de banca: «no somos gánsteres, etc.»), porque existe *confusión* entre la descomposición de las relaciones sociales capitalistas y la de las relaciones sociales precapitalistas, entre la perspectiva comunista y la perspectiva del paso efectivo a la dominación real y directa del Capital.

La explicación-justificación de las acciones por sus autores refleja y expresa el movimiento tendencial de constitución en España de una *Opinión pública* que es uno de los productos característicos de la dominación real del Capital sobre una sociedad.

En el proceso revolucionario mismo no habrá que dar *ninguna justificación* a los empleados de banca sobre la necesidad de liquidación de su sector por el movimiento comunista. Esos empleados ya se habrán visto forzados —más o menos— por el propio Capital a comprender prácticamente esa necesidad; el proletariado tendrá, en su caso, que apoyar firmemente esa *coacción* sobre los empleados de banca, sin emplear «pedagogía» alguna. LMC no sólo no comprende el movimiento «delincuente» en España, sino que lo *invierte*: adquisición del «programa comunista», y a continuación subordinación de la actividad «delincuente» a la especificidad española de su modo de empleo.

De un modo general, la «delincuencia» marca los límites del período desde el punto de vista revolucionario, y no basta con exhumar de las cenizas del movimiento obrero la vieja denominación de «expropiación» para superar esos límites.

La delincuencia conlleva forzosamente toda clase de ilusiones, sea cual sea la forma particular que revistan.

En Italia, por ejemplo, en los últimos años se han constituido grupos similares, como los «Comontisti», varios de cuyos miembros también se encuentran en prisión. En el marco de un capitalismo más desarrollado, estos camaradas, al contrario que los camaradas españoles, no pueden sino reafirmar el carácter *antipolítico* de sus actos. Por lo demás, reivindican la «criminalidad» como una lucha contra el Capital. La percepción de sus acciones tiene el mismo defecto que la apreciación de LMC: creen acceder a la delincuencia por un acto de voluntad que la determina como *medio* de subversión. La «delincuencia» ya no se entiende como consecuencia de una relación social constrictiva que rebasa al individuo o al grupo mismo y que puede estar acompañada, en el período actual, por una *cierta* reapropiación de la teoría comunista, debido, en parte, a ciertas circunstancias, encuentros, etc. (Lo mismo ocurre, por lo demás, con la condición asalariada). Los límites inscritos en la delincuencia no podrán ser superados/suprimidos más que por la imposibilidad momentánea de la reproducción del Capital y, por tanto, de la propia «delincuencia».

En el caso de los «Comontisti» la prensa italiana pudo explayarse complacientemente, burlándose de las declaraciones revolucionarias ligadas a las acciones de estos camaradas, convirtiéndolos en «revolucionarios bufones», además de en verdaderos «gánsteres» (véase en particular un artículo de «L'Espresso»); esto ocurre porque el desarrollo del capitalismo italiano ha creado una Opinión Pública (así como un mercado de la «protesta», etc.) a la cual pueden desvelarse todos los aspectos de la actualidad en la medida en que ésta sea justamente *actualidad*, es decir, en que los «acontecimientos» permanezcan dentro de los límites del modo de existencia capitalista, de la existencia de una Opinión Pública, etc.

En cambio, en España, los mismos «acontecimientos», en la medida en que no se ha constituido todavía una verdadera Opinión Pública, no pueden hacerse completamente públicos. El reconocimiento por parte del Capital español del carácter «político» de tal o cual acción se lleva a cabo en la práctica, mediante la naturaleza del Tribunal que se encarga de juzgarla. En cuanto a hacer pasar, tanto en Italia como en España, a estos camaradas por «gánsteres», el Capital no hace sino dar cuenta de que los considera como desechos, como unos *don nadies*, y todo el mundo sabe (excepto la Opinión Pública, naturalmente) que esa es la situación de quienes se rebelan, de un modo u otro, contra el Capital. Lejos de ser infamante, esta acusación es mucho más «honorable» que ser contactado por los prohombres catalanes —a través de un cardenal suizo!— con fines de conciliación (*cfr.* el pequeño folleto «¿Gánsteres o revolucionarios?»). Esta iniciativa de la Asamblea de Cataluña muestra que estos «expropiadores» pudieron ser considerados en un cierto momento (¿cuándo?) como una fuerza *política*, susceptible de ser *reconocida* por los poderes, lo cual no es, en efecto, el caso de meros «delincuentes», pero está en las antípodas de constituir una prueba del carácter subversivo de esas «expropiaciones».

Esto es algo tan explícito, incluso a vuestros ojos, que este «asunto» no es para vosotros más que la ocasión de fundar, por fin, una pequeña «organización de tareas», que *vosotros mismos* subrayáis en el panfleto los términos de la *contradicción inscrita en vuestro proyecto*: podemos leer ahí que «*como mínimo hay que hacer estallar esa mentira* (= no son gánsteres); *es la única oportunidad de salvar a estos camaradas*» después de haber leído más arriba que «*el Estado fascista es un Estado de guerra civil permanente*» y que es «un consejo de

guerra el que juzgará los actos de estos camaradas». Resulta, pues, de lo más evidente: si los juzga un consejo de guerra, es que han sido explícitamente reconocidos como «políticos»; ¿y cómo podría ser de otro modo en «un Estado de guerra civil permanente»?

Al no tener en cuenta la *ambigüedad* de vuestras acciones, estáis condenados a no poder hacer aparecer siquiera en su «defensa» la *superación* de la democracia que confiere el período actual a su práctica, incluso si esa superación no se refleja en absoluto en dicha práctica. Al pretender que esas acciones se inscriben en el proceso revolucionario que presuntamente reflejan, os veis obligados prácticamente, puesto que no existe ningún proceso revolucionario, a intervenir sobre el terreno de la *Democracia*.

Reeditáis el juicio de Burgos en simple farsa.

La naturaleza de las acciones que defendéis ya no tiene que ver con el Nacionalismo y el Democratismo puros que habían permitido a la izquierda europea intervenir *eficazmente* en favor de los separatistas vascos. Por más que diluyáis vuestro vino «comunista» con tres cuartos de agua, intentar jugar a fondo la carta democrática tratando de publicar comunicados en la prensa e invitando a los peticionarios habituales (sobre los que habéis escupido en multitud de ocasiones) a sumarse a vuestro comité fantasma, estáis condenados a fracasar en la propia defensa de esos camaradas. Vuestra tentativa no es más que un pedo de hormiga.

En realidad, lo terrible, lo que torna sórdido vuestro oportunismo, es que, dado el estado actual de las fuerzas sociales, esos camaradas son *indefendibles en la práctica*.

Sólo el movimiento insurreccional del proletariado podría defenderlos, armas en mano, no democráticamente, ni mediante el compromiso teórico-práctico adoptado por vosotros, sino mediante y a través del movimiento social comunista.

Hay, y habrá, cada vez más proletarios —no sólo estos camaradas, sino cientos de miles de otros, reducidos a la condición de desechos del Capital— que están y estarán obligados a pudrirse en las cárceles capitalistas, cuando no a aguardar la ejecución provocada por la muerte de un poli, cualquiera que sea la forma del Estado que declare y ejecute la sentencia.

¡No se elige ser proletario del mismo modo que vosotros parecéis creer que podéis elegir ser «demócratas» unas veces y «comunistas» otras!

Esos mismos proletarios encarcelados son los que, mediante la frecuencia de sus revueltas internacionales —y recientemente en España— personifican, conforme a su situación, la rebelión de las fuerzas productivas contra su encarcelamiento en unas relaciones de producción cada vez más estrechas. A este respecto, resulta significativo que el movimiento social «exterior» no haya intervenido jamás para «ayudar» a esos amotinados a realizar *por fin* sus momentos de ruptura, que siempre se vuelven inmediatamente contra ellos.

Por nuestra parte, pensamos que la única solidaridad real con esos camaradas (el único *mínimo posible*) es desenmascarar los diversos mitos acreditados por vosotros:

a) Que pueden ser «salvados» o que sus penas pueden ser reducidas mediante la actividad de ese comité de apoyo.

b) Que su práctica podía inscribirse en un proceso revolucionario (o subversivo) y reflejarlo. Toda la historia del movimiento revolucionario proletario está ahí para dar fe de que la *mistificación* —a partir del momento en que toma las cosas por la raíz y se convierte en fuerza material— es mucho más mortífera que los verdugos de los Estados.

Conviene precisar aquí, para eliminar cualquier ambigüedad sobre lo dicho hasta aquí, que la distinción subversión/revolución en la que se basa actualmente toda la actividad teórico-práctica de LMC nos parece carente de fundamento revolucionario. «Subversión» tiene un significado preciso: vuelco total, lo que estaba abajo pasa a estar arriba (y a la inversa). Si este término podía tener un sentido *claro* en las fases revolucionarias pasadas, cuando para el proletariado erigirse en clase dominante constituía una tarea previa a la destrucción del intercambio mercantil (marchitamiento), hoy en día, cuando el proceso de esa destrucción no puede ser sino inmediato y la dictadura de clase tiene que estar subordinada a él, ya no lo tiene. Si se quiere, ambos movimientos —subversión y revolución— coinciden. Todas las tareas «particulares», «transitorias», etc., no son más que *momentos* en el seno del proceso revolucionario.

En el período estrictamente presente, salta a la vista que el proletariado no subvierte nada en absoluto. Sus luchas y revueltas, vencidas o reprimidas, desaparecen tan brutalmente como surgen. El Capital llena de nuevo con su contenido y su organización el vacío creado por esas luchas y las cuestiones que plantean. Entre la dominación del Capital y el proceso de comunización de la sociedad ya no hay nada. Las luchas del año que termina confirman y profundizan el análisis efectuado en el texto: «La lucha de clases y sus aspectos más característicos en los últimos años» (no confundir con la reedición de ese LMC n° 1, que presenta este texto prologándolo [sic] con el quitamiedos de las tareas prácticas)².

Como conclusión de esta larga exposición, dado el estado actual de vuestras posiciones, tanto teóricas como prácticas, ya no podemos mantener relación alguna con LMC. En efecto, en la medida en que esas posiciones están completamente centradas en la intervención y os llevan a contactarnos a nosotros —entre otros— desde esa perspectiva, nos vemos forzados a expresar una *ruptura* que no tiene nada de formal. No se trata de opiniones divergentes debidas a la ambigüedad del período y que precederían a una unificación (no tenemos, por ejemplo, ninguna divergencia de puntos de vista con respecto al izquierdismo); cabe perfectamente hablar de *regresión teórica* por vuestra parte, como hemos intentado mostrar explicitando sus orígenes y su contenido. Para nosotros no se trata romper con tales o cuales individuos, sino con una actividad teórico-práctica que no existe más que a través de una *exhortación de individuos*. Esto no hipoteca en modo alguno, en un sentido o en otro, el devenir de nadie.

Por lo demás, esta apreciación general acerca del activismo político de LMC no nos condena en absoluto al «quietismo» o a la «complacencia en la teoría», como pretende esa revista cuando plantea sistemáticamente las cuestiones del

² *Le Mouvement Communiste* n° 1 fue reeditado por LMC, con correcciones y un prólogo, antes de la edición del segundo número de la revista. (N. del t.)

período actual bajo el ángulo de esa falsa alternativa. Frente a las tesis desarrolladas en LMC nº 3, la teoría revolucionaria no precedió a la reanudación de 1968-1969; en un período de contrarrevolución «total», no puede existir, como mucho, más que la conservación de un *programa* edulcorado él mismo por el período. Desde el '68, en lo esencial, existe una *producción* —todavía parcelaria, claro está— *de teoría comunista* que refleja las tendencias del movimiento real. Por los lazos que *obliga* a tejer, y en la medida en que esa imposición la ejerce el movimiento social y no las exhortaciones exteriores de tal o cual individuo, grupo o revista, esa producción es *práctica*. La teoría no es un programa, y la práctica no es el modo de empleo de éste. La unidad indisoluble de la teoría y de la práctica implica precisamente que *no puede* haber una actividad teórica que ponga en evidencia la democracia so pretexto «táctico».

Así sucederá también en el proceso revolucionario propiamente dicho, en el que la táctica y la estrategia, evidentemente necesarias, no por ello harán concesiones a la democracia o a las capas sociales que no secunden inmediatamente la destrucción del valor. Al contrario, toda táctica sólo es concebible dentro y a través del rumbo comunista del movimiento y, a su vez, permite profundizar y afianzar esa dirección. El comunismo ya no tiene que buscar ni tratar con indulgencia a aliados. Ya no puede evolucionar en la esfera política.

N.B. Cuando se redactó lo esencial de este texto, aún no conocíamos el nº 6 de LMC consagrado a este asunto. Después de haberlo leído, es obvio que no hay que cambiar ni suprimir una sola palabra de nuestra respuesta. Tras haber bebido buena parte de su contenido inicial, no habéis hecho sino volver a echar un poco de vino en vuestro vaso. El panfleto era de uso estrictamente democrático; el folleto tiende simultáneamente a «tranquilizar» a los camaradas a los que habéis contactado a propósito de ese comité y a dar lecciones a los izquierdistas «violentos», para quienes reintroducís casi de manera sistemática la noción caduca y pronto contrarrevolucionaria de «movimiento obrero». Habéis escrito, según vuestro nuevo método, quince páginas para «no decir nada», o más bien nada que no desmintáis unas líneas más adelante. De un modo general, el folleto da cuenta más explícitamente que el panfleto de la contradicción en la que estáis presos: no podéis extraer ninguna consecuencia de las pocas verdades elementales que enunciáis, en particular sobre la violencia y sobre la solidaridad. Os resulta *imposible* hacer entrar el objeto particular de vuestra intervención en vuestro análisis teórico general. Tan pronto como volvéis a desembocar en la perspectiva práctica, recaéis en la dura realidad democrática. Conforme al modo de ser partidista, oscilando entre lo formal y lo informal, os entregáis a una gimnasia politiquera que trata de conciliar dos antagonismos radicales: la teoría comunista y la práctica democrática.

Por lo demás, no ignoráis que vuestro proxeneta de turno, *P. Vidal-Naquet*, ha hecho la apología de la condición carcelaria, en el seno del *GIP*³, reivindicando

³ *El Groupe d'Information sur les Prisons* (GIP) fue un movimiento de acción e información nacido del manifiesto del 8 de febrero de 1971, firmado por Jean-Marie Domenach, Michel Foucault y Pierre Vidal-Naquet, con el objetivo de dar la palabra de los presos y movilizar a los intelectuales y profesionales implicados en el sistema penitenciario. La lucha contra los «barrotes del silencio» se extendió a los presos comunes, que no contaban con un régimen especial para comunicarse con el exterior. El GIP intentó proporcionar información sobre lo que sucedía en prisión, más allá del régimen especial de los presos «políticos». [N. del t.]

el «control popular sobre las prisiones», pues como todo proxeneta, no puede querer suprimir aquello de lo que vive.

Finalmente, si el objeto de sus gesticulaciones no tuviera un carácter tan trágico, podría decirse que la agitación del comité de «defensa» ha hecho realidad la teatralidad de su fundación: sin hablar siquiera del artículo de «Libération» — elocuentemente titulado «¿Un nuevo Burgos?»—, ¡el comunicado finalmente publicado en «Le Monde» amalgamaba a estos camaradas con los prohombres de la Asamblea de Cataluña también encarcelados! (Poco importa que se trate de una «errata» o del precio real pagado por la publicación del comunicado: ese «Mundo» no es el nuestro —ni esa «Liberación» tampoco—, y hace lo que le conviene).

En suma, el Comité de «apoyo» ha llevado a efecto lo que los camaradas españoles habían rechazado: ¡el entendimiento entre ellos y los prohombres catalanes!

V. BRISSET
N. WILL
J. CICERO
J.-Y. BÉRIOU
A. AJAX